CAPÍTULO XXVII. *Que trata del padre Juan Díaz, primer sacerdote clérigo de esta Nueva España*

EL PRIMER SACERDOTE QUE SABEMOS haber llegado a la conquista y conversión de esta nueva iglesia fue Juan Díaz, clérigo presbítero que vino en compañía de don Fernando Cortés cuando hizo el descubrimiento de estas tierras. Del cual no se hace mucha memoria, aunque fue el primero, porque dicen unos que luego se volvió a España, o porque le pareció mal la tierra o por llevarle otros cuidados con algún poco de caudal que recogió luego a los principios. Otros dicen que murió a pocos días que llegó y que su cuerpo está enterrado en la ciudad de Tlaxcalla, donde le cogió la muerte en una sala grande, que era de las casas de Xicotencalt, donde se edificó la ermita de San Esteban. Yo he estado en aquella iglesia y me han certificado estar allí enterrado su cuerpo.

Lo primero que de este honrado sacerdote se dice, aunque es hacedero, no es creíble. Porque cuando dicen que se volvió no había navíos, porque fue cuando andaba la guerra más en su fuerza; y entonces no sólo no despedían gente, pero aun la buscaban con cuidado, en especial sacerdotes que tan necesarios eran, tanto para el sacrificio del altar, cuanto para el provecho de las almas, diciendo misa y confesando. Y dado caso que se fuese, sería algunos años después de haberse ganado la tierra y tener los moradores de ella copia de ministros. Pero este año de 1608, yendo en compañía de un prelado visitando esta provincia del Santo Evangelio, por la parte que llaman provincia y valle de Tepeaca, llegamos al de Quecholac, que es de popolocas y gente de razón; y en cierta averiguación que hacía de cosas antiguas, hallé quien me dijo cómo le habían muerto en aquel pueblo los indios de aquella provincia, en una refriega que tuvieron con los españoles, y que murió con otros tres o cuatro soldados que murieron, y que lo mataron sin conocerle; porque aunque venía en hábito diferente que los otros y diferenciado de los soldados, como los indios hasta entonces no sabían la diferencia que hacían los hábitos eclesiásticos a los seculares, no le conocieron ni cataron más cortesía que a los demás. Y ésta fue la excusa que dijeron haber dado al capitán don Fernando Cortés, cuando después les hacían más cargo de esta muerte que de la de esotros soldados. Y dicen que su cuerpo está enterrado en un lugar alto que yo vi, que cae a las espaldas del convento de los religiosos de San Francisco. Esto me certificaron unos indios muy ladinos, sin acordarme por entonces de hacerles semejante pregunta, porque iba preguntando en orden de otras cosas. Y es de creer que acompañando alguna compañía, que dicen los indios vino de hacia Cempohuala a reconocer aquella tierra y provincias, viniese con ellos en el alboroto de ver gente no conocida, y se pusiesen en arma los moradores (como lo hicieron) y muriese entre los dichos que murieron.

Lo que por tradición sabemos haber hecho (y así está pintado en algunas de nuestras porterías) fue haber baptizado las cuatro cabeceras de Tlaxcalla

y otros señores de Tetzcuco. De manera que el primero que hizo oficio de cura y pastor (pues los catequizaría antes de baptizarlos) fue este honrado sacerdote. El cual acto fue de apóstol (pues el oficio de los apóstoles, cuando fueron enviados de Cristo por el mundo, les dijo: Id y enseñad a las gentes y baptizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo); lo cual hizo este buen sacerdote; y creo que quien se ocupaba en obras apostólicas procuraría hacer vida de buen ejemplo. Y porque de la que vivió no tengo ninguna certidumbre no me alargo a más. Porque cuando trato de escribirla es en tiempo que no vive ninguno de los conquistadores; y no soy amigo de contar sueños por verdades, que algunos de los que viven han ido fabricando sobre alguna palabra de verdad que oyeron a sus pasados.

CAPÍTULO XXVIII. *Del otro padre clérigo, llamado el canónigo Juan González, que haciendo vida apostólica predicó y doctrinó a los indios en estas tierras*

PORQUE ESTA NUEVA IGLESIA INDIANA en sus principios fuese adornada con variedad de varones apostólicos y que de todas las órdenes que entonces aquí se hallaban hubiese tales ministros, cuales para la edificación de los nuevos en la fe convenían, quiso nuestro señor Dios poner su espíritu en algunos sacerdotes de la clerecía, para que renunciadas las honras y haberes del mundo y profesado vida apostólica se ocupasen en la conversión y ministerio de los indios, enseñándoles y confirmando con obras la santa doctrina que les predicasen. Porque para predicar el evangelio santo de Cristo es necesario no sólo vivir bien, pero que esta vida santa y buena sea notoria y manifiesta a los que se les predica. Porque si la vida no conforma con las palabras es poner en ocasión de mofar a los que la oyen. Ni tampoco puede quedar ánimo al predicador de reprehender desnudamente: Tanta limpieza pide, como dice San Pablo. Si predicas que no hurten y hurtas, y que no sean deshonestos los hombres, ni carnales y lo eres tú, ¿qué predicación puedes hacer que sea buena? Por esto algunos de estos padres clérigos se apartaron del bullicio de las gentes y hicieron notoria y manifiesta vida ejemplar y santa. Y aunque ha habido y hay muchos ministros de los del clero que se han ocupado, y de presente se ocupan, en la enseñanza de estas gentes en sus partidos (porque hay muchos, en muchos) se señaló entre todos con grandísimas ventajas el canónigo Juan González, ejemplo y dechado de toda virtud.

Fue este santo varón, natural de Valencia de Mombuey, del obispado de Badajoz, hijo legítimo de Juan González y de Isabel García, honrados vecinos de aquel pueblo y de buena vida. Pasó a estas partes mozuelo, por ventura, en demanda de un su pariente llamado Rui González, que fue conquistador, en cuya casa estuvo, algunos años después que vino de España, estudiando en Mexico la latinidad; y después oyendo el derecho